

EDICIÓN DEL CENTENARIO DE *MEDITACIONES DEL QUIJOTE*

ORTEGA Y GASSET, José: *Meditaciones del Quijote*, edición facsímil y crítica. Madrid: Alianza Editorial / Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2014, 219 p. + 175 p.

ÁNGEL PÉREZ

Mark Twain pidió que su autobiografía viera la luz mucho después de su muerte. Decía el escritor norteamericano “un libro que no será publicado hasta cien años después concede al escritor una libertad que no quedará asegurada de otra forma” (*Autobiography of Mark Twain*, Griffin, 2010). Podríamos suponer que Javier Zamora y su equipo de edición han cumplido parcialmente el deseo de Clemens aplicado a Ortega.

Meditaciones del Quijote se publicó a un año de su escritura, pero con singularidad merecedora de un renacimiento centenario. El libro de Ortega tampoco es una autobiografía, más bien una obra iniciática que marca el derrotero de un proyecto vital. Suponemos –con basamento– que esta reedición invita a un nuevo análisis, ampliando los márgenes de libertad del lector para valorar el texto orteguiano.

Cómo citar este artículo:

Pérez, A. (2014). Edición del centenario de “Meditaciones del Quijote”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (29), 209-211.

<https://doi.org/10.63487/reo.376>

especial y no es para menos; fue curada por Juan Ramón Jiménez. Se han mantenido incluso las propagandas internas o el precio de tres pesetas en que se vendió cada ejemplar. Dentro de una caja de cartón de diseño idéntico a la cubierta original, el facsímil está acompañado de los estudios y anotaciones en otro libro. La hechura es muestra de la calidad alcanzada por Alianza Editorial. Tal como están presentadas, las *Meditaciones* son un hito, un símbolo y un referente de su edición original en las legendarias Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Zamora apunta hacia estos goznes cuando señala que el proyecto europeizador y reformista de la Residencia está en sintonía con los ideales orteguianos. Pero mucho más allá de lo exterior el facsímil muestra la potencia filosófica y literaria de aquél pensador español desconocido en la Europa de 1914. Si el órdago de Zamora y su equipo de edición está dado, nos dejaremos llevar por su sueño para comentar el texto.

Estas *Meditaciones* tienen la inocencia del escritor joven que advierte los peligros de los tiempos e intenta prevenir a una sociedad adormilada. A esa aparente candidez inicial se yuxtapone la potencia de un intelectual maduro, que intuye propósitos, diríamos geniales al paso del tiempo, y cuya prosa ha reverberado añejada en unos barriles de madera metafórica. Es un joven filósofo hablando a la piel de toro, pero también es Ortega dirigiéndose a Europa en su propio tono, desde una sintonía que ha logrado a fuer de profundizar en los antiguos griegos, la literatura francesa y el macizo neokantiano. Y ha llegado a es-

tos parajes por el valle de los clásicos hispánicos, siguiendo el cauce cervantino. Relacionar el *Quijote* con la filosofía, a Cervantes con los racionalismos helénicos es una tarea compleja que no solo demuestra la pericia conceptual del autor, sino una novedad tal que sus ecos nos superan por varias décadas. Lo que pareciera un manifiesto cultural ha terminado siendo otra cosa. Las vinculaciones sobre el mito y la realidad, lo mediterráneo y lo germánico son una muestra de esas intuiciones que el pensador madrileño irá desarrollando a lo largo de su obra. Ortega concibe incipientes correspondencias entre estética y razón, entre la europeidad y los nacionalismos como una respuesta –desde mi punto de vista– a una serie de problemas que degenerarán en algunas de las grandes contradicciones del siglo. Incluso el “vago problema étnico” es mencionado al pensar sobre Europa. Hay ausencia completa de medios –dirá Ortega– para fijar las relaciones entre las “razas como constituciones orgánicas, y las razas como manera de ser históricas, como tendencias intelectuales, emotivas, artísticas, jurídicas [...]” (*Meditaciones del Quijote*, p. 99).

Nunca estuvo mejor aprovechada la pregunta de Hermann Cohen sobre si el *Quijote* es solo una bufonada. Para responder al cordial desafío de su maestro, Ortega recalca en los guiones primordiales de la historia del pensamiento, proponiendo una cavilación sobre el *Quijote* que se convierte también en un clásico del cervantismo. Epistemológicamente la reflexión orteguiana sobre el paisaje tiene matices fenomenológicos aunque el engarce vitalista y

estético plantea un nuevo modo de entender la filosofía. Bosques, profundidades, oropéndolas, claridades... son nociones plásticas que en las *Meditaciones del Quijote* se trasladan hacia las zonas donde habitan conceptos como el racionalismo, la restauración o el determinismo. Si Ortega es actualísimo quizás lo sea porque habla de la perspectiva como el método para comprender las cosas y ligando el conocimiento indefectiblemente hacia el amor. Son dos claves para recuperar el sentido común. Las distintas maneras que tienen los objetos de presentarse ante nosotros solo serán reconocibles en su totalidad si las salvamos. Ortega se adelantó ciertos peligros ideológicos —que siguen cerniéndose sobre nosotros— cuando afirmaba “nada hay tan ilícito como empequeñecer al mundo por medio de nuestras manías y cegueras, disminuir la realidad, suprimir imaginariamente pedazos de lo que es” (*Meditaciones del Quijote*, p. 73).

José Ortega y Gasset nos regala su mejor prosa en esta obra, dejándonos con la duda sobre si lo que leemos es ciencia o literatura, ensayo o crítica, demostrando la necesidad de escribir para que todos podamos entender. Será germen de su contribución al periodismo y reformulación de lo humanístico.

El autor se adelanta a una nueva tradición donde se encontrarán luego Derrida, Steiner o Eco. Probablemente sea una nueva manera de hacer filosofía al borde del llamado *tema de nuestro tiempo*. Quizás estas *meditaciones* sean un texto realmente postmoderno. Estas son cuestiones técnicas, para cuyo esclarecimiento necesitaremos otra centuria, lo que si podemos afirmar hoy es que Ortega inaugura un estilo precioso. Para ello no es necesario entrar en complejidades, tan solo hablar de la circunstancia, la espesura y la claridad.

Desearía —según el supuesto inicial— fuera esta mi lectura inaugural de las *Meditaciones del Quijote*. Así podría disfrutar por vez primera de líneas como esta: “La primavera pasa por aquí rauda, instantánea y excesiva —como una imagen erótica por el alma acerada de un cenobiarca. Los árboles se cubren rápidamente con frondas opulentas de un verde claro y nuevo; el suelo desaparece bajo una hierba de esmeralda que, a su vez, se viste un día con el amarillo de las margaritas, otras con el morado de los cantuesos” (*Meditaciones del Quijote*, p. 67). Gracias a esta novísima edición me arriesgo a decir que estamos ante una de las cúspides de la prosa hispánica. Cien años dan para esta atrevida libertad y algunas cosas más.